

# HELMANTICA

REVISTA DE HUMANIDADES CLASICAS  
DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

---

---

AÑO XX

ENERO - ABRIL 1969

NUM. 61

---

---

## La "storgé" o el "amor-cariño" en Sófocles a la luz del método fenomenológico. La vinculación en la sangre.

E. Husserl, a principios de siglo, daba una estructuración rigurosa al método fenomenológico. Pero lo limitó a la zona eidética del conocimiento, a la contemplación de las ideas puras. Muy pronto, con todo, bajó dicho método a tomar contacto con la realidad bullidora de la vida y del amor. A analizar la existencia humana lo aplicó Heidegger. Para desentrañar los misterios vitales de la vida y del amor lo utilizó Max Scheler.

Es hoy ya del dominio común la distinción que estableció este último pensador entre el *amor-éros*, amor indigente, que busca su complemento en otro ser o en los valores trascendentes, y el *amor-agápe*, el amor cristiano que rebosa en pura donación y liberalidad <sup>1</sup>.

La obra de Max Scheler ha sido uno de los intentos mejor logrados en la aplicación del método fenomenológico a la problemática compleja del amor. Hoy no se puede escribir nada serio sobre este tema sin tener en cuenta sus análisis iluminados. De hecho, su investigación ha tenido

---

1. Ha desarrollado este tema, sobre todo, en las obras siguientes: *Wesen und Formen der Sympathie*, 5 Aufl., Frankfurt a. M., 1948; *Das Ressentiment im Aufbau der Moralen*, en *Wom Umsturz der Werte*, 4 Aufl., Bern, 1955; *Die christliche Liebenseidee und die gegenwärtige Welt*, en *Vom ewigen im Menschen*, 4 Aufl., Bern, 1955; *Liebe und Erkenntnis*, en *Schriften zur Soziologie und Weltanschauungslehre*, 2 Aufl., Bern, 1963.

una secuencia de obras y estudios que han reflexionado sobre el amor según las dos dimensiones fundamentales señaladas. Quizá, en este sentido, la obra de Anders Nygren, *Eros und Agape*, signifique un hito que no es decoroso perder de vista <sup>2</sup>.

Creemos, no obstante, que tanto los análisis de Max Scheler como los de Anders Nygren, que acepta el esquema fundamental de aquél, adolecen de demasiada estrechez. Ninguno de ellos siente especial preocupación por la dimensión del amor que va a ser objeto de estas líneas: del «*amor-storgé*» o «*amor-cariño*». Este amor está vinculado a lo más «*entrañable*» que hay en nosotros. Es la «*entraña humana*», como vital trasmisora de ser, quien crea este vínculo, tan sagrado en las tradiciones patriarcales y tan en menguante en nuestra civilización tecnificada.

No intentamos en nuestro estudio hacer una apología del mismo. Ni de lamentar su decrecer progresivo en el ambiente espiritual de nuestro tiempo. Nuestro fin es más modesto: analizar sus matices en uno de los genios de la humanidad que mejor ha sabido plasmar su intimidad y sus ternuras, sus alegrías y sus dolores, sus exigencias y sus contrastes. Nos referimos al trágico griego Sófocles.

Este nombre significa «*esclarecido en sabiduría*». Y bien pudiéramos subrayar que su mente irradiaba, no una sabiduría a nivel de razón pura, sino esa sabiduría honda, que remansa largos siglos de afectividad humana: la *sabiduría primera* que las antiguas civilizaciones han cultivado casi con exclusiva preferencia <sup>3</sup>.

En este sentido Sófocles se halla en la línea del mandato bíblico, reiteradamente repetido: «*Honra a tu padre y a tu madre para que vivas largos años*» <sup>4</sup>. En las *Traquinias* Heracles amonesta a su hijo y le dice: «*El más santo de los mandamientos es obedecer a los padres*» <sup>5</sup>.

2. A. NYGREN, *Eros und Agape. Gestaltwandlungen der christlichen Liebe*. 2 Aufl., Gütersloh, 1954. Entre la multitud de estudios sobre este gran tema anotamos los más principales: C. SPICO, *Agape dans le Nouveau Testament*, 3 vol., Paris, 1958-1959; V. WARNACH, *Agape. Die Liebe als Grundmotiv der neutestamentlichen Theologie*, Düsseldorf, 1951; Z. ALSZEGHY, *Grundformen der Liebe. Die Theorie des Gottesliebe bei dem hl. Bonaventura*, Romae, 1946. M. NEDONCELLE, *Vers une philosophie de l'amour et de la personne*, Paris, 1957.

3. Para nuestro estudio hemos utilizado la edición griega de A. C. PEARSON, (*Oxford classical texts*) y la de A. DAIN en *Les belles lettres*. La traducción de los textos la tomamos de I. ERRANDONEA, *Sófocles. Tragedias completas*, 5.ª ed., Madrid, 1964 (ed. Crisol). Nos hemos servido igualmente de los siguientes estudios generales sobre Sófocles: A. MADDALENA, *Sofocle*, Torino, 1959; KARL REINHARDT, *Sophokles*, 2 Aufl., Frankfurt a. M., 1943; A. MULLER, *Aesthetischer Kommentar zu den Tragödien des Sophocles*, 2 Aufl., Paderborn, 1913; I. ERRANDONEA, *Sófocles y su teatro*, 2 vol., Madrid, 1942.

4. *Lev.*, 20, 12; *Deut.*, 5, 16; *Mat.*, 19, 19; *Mc.*, 7, 10 y 10, 19; *Eph.*, 6, 12.

5. *Traq.*, 1177-1178.

Hinca aquí uno de los puntales del *eterno humanismo*. De un humanismo que el sentido cristiano de la vida ha podido asumir y potenciar. Con lo cual, sin embargo, no se afirma que el pensamiento cristiano pueda condicionar en todos sus puntos la concepción sofoclea del amor.

Pese a nuestra admiración por el trágico griego tenemos que confesar ser irreconciliables con una concepción cristiana el odio implacable de Edipo a sus hijos malos; el resentimiento vengativo de Electra hacia su madre; la ferocidad de Heracles queriendo estrujar entre sus brazos a la que él juzga esposa traidora, Dejanira; el furor de Ayante contra los otros jefes rivales; el rencor de Filoctetes contra sus secuestradores.

Nada de todo esto es cristiano, ni lo puede ser. Sino efecto de aquella extremada «*hybris*», de aquel sobreexceso de vitalidad que tantas veces **empujaba** a los héroes griegos a traspasar los límites de la justa medida <sup>6</sup>.

Pese a estas menguas graves, todavía podemos y debemos hablar del *humanismo* de Sófocles. De tal suerte ha calado en las intimidades de este afecto tan noble y elevado y, al mismo tiempo, tan sencillo y tan casero, con tal humanidad ha tratado el tema que bastarían sus páginas para hablar de *humanidades*, al referirnos al mundo griego. Edipo se ciega, es cierto, en su encono hacia sus hijos ingratos. Pero su entrañable comunión de vida con sus hijas será siempre tipo y dechado de ese eterno amor, paternal y filial, que por fortuna aún orea nuestro mundo. Antígona, de quien se ha escrito que es la mujer más pura del drama griego y, tal vez, del drama de todos los tiempos, es el amor fraterno en su exaltación heroica y sublime. El duro arquero Filoctetes, en su soledad forzada, siente nostalgia de las canas de su padre y de los ojos dulces de su madre. El terrible Ayante, antes de su loco suicidio, se despide de su tierno hijo con palabras de indecible ternura.

Todo esto es humano. Humanísimo. Y escuela de humanidades. A estas humanidades venimos a aprender las más dulces intimidades del corazón humano.

Nos acercamos a ellas con un método que nos facilita el acceso: el *método fenomenológico*. Rehuye este método el recurso a libros, a técnicas, casi nos atreveríamos a decir que a filologías, para encararse con la vivencia desnuda, tal como la experimentan las almas. «*A las cosas mismas —zu den Sachen selbst—* fue el lema que nos trajo la fenome-

---

6. Cf. CARLO DEL GRANDE, *Hybris. Colpa e castigo nell'espressione poetica e litteraria degli scrittori della Grecia Antica. Da Omero a Cleante*. Napoli, 1947.

nología. En este momento intentamos ir de lleno hacia esa vivencia íntima que se esconde debajo del vocablo «*storgé*» o «*amor-cariño*».

Nuestra actitud inicial debe ser, con todo, bien comprendida. Como la vivencia psicológica que queremos analizar no la tenemos delante, sino a través del texto escrito, tiene que ser el texto nuestro punto de partida. Pero sólo punto de partida. En este sentido, el análisis literario es imprescindible. Más aún: hasta podría uno atenerse exclusivamente al mismo.

Pero no cultivamos la filología, sino la vida del pensamiento. Lo que nos preocupa aquí, no es tanto la fuerza de la expresión literaria, cuanto subir desde ella al análisis del afecto humano expresado. Por lo mismo, no vemos oposición alguna, sino más bien complemento entre la palabra y el contenido, entre *significante* y *significado*.

Dámaso Alonso propone un doble método para llegar a la intimidad de la obra literaria: el de la forma *exterior* y el de la *forma interior*. Por el método de la *forma exterior* se va del *significante* al *significado*. Por el de la *forma interior*, del *significado* al *significante*. «Ni que decir tiene, escribe el docto crítico, cuánto más difícil es la dirección significado - *significante*»<sup>7</sup>. Pese a su dificultad, va a ser nuestra perspectiva preferente. Con esto de particular: que si Dámaso Alonso estudia la vinculación estética entre significado y *significante*, nosotros preferimos, por método y por formación, la conexión ideológica.

En el primer apartado de nuestro estudio nos vamos a ocupar de la palabra que envuelve al significado. Pero siempre bajo un aspecto liminar y de orientación. En el segundo, intentamos adentrarnos por una de las notas fundamentales de este amor: la *vinculación en la sangre*.

### 1. La «*storge*» o el «*amor-cariño*» en sus *significantes verbales*.

Con cuatro palabras ha expresado la rica lengua griega las cuatro formas fundamentales del amor personal: *στοργή*, *ἔρωσ*, *φιλία* y *ἀγάπη*. No hay que interpretarlas cual si fueran cuatro compartimientos estancos, pues con frecuencia son utilizadas por los escritores griegos en una significación más amplia que la suya peculiar y característica.

Es esto lo que advertimos con el vocablo «*storgé*». En su significación primaria y peculiar quiere expresar, según el diccionario de Stephanus: «*affectus ille amoris, quo parentes prosequuntur suos liberos, et liberi vicissim suos parentes*». Pero añade, aludiendo a una significación más

7. *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*. Madrid, 1952, p. 126.

**amplia:** «*Generaliter, de quovis amoris affectu*»<sup>8</sup>. De modo parecido aclara el vocablo el diccionario de Oxford, que traduce así a «*storgé*». «*Love, affection, esp. of parents and children. Rarely, sexual love*»<sup>9</sup>.

Aristóteles, en un profundo pasaje de su *Ética*, se adentra por la fenomenología de este afecto y descubre la raíz del mismo en que se halla vinculado a la propia existencia. El ser humano, razona el filósofo, halla amable y deseable el existir. Ahora bien; el hijo es la prolongación de la existencia del padre, y, de modo parecido, la obra prolonga la existencia de su artífice. Hijo y obra son pedazos de la propia existencia que el hombre va dejando en el curso de la vida. De aquí brota ese sentimiento íntimo, «*entrañable*» que liga al hombre con todo lo que prolonga su ser. Para significar este sentimiento no ha encontrado el filósofo menor vocablo que el verbo *στέργειν*<sup>10</sup>.

Sófocles, tan largo en describirnos con morosa complacencia las cariñosas y dulces intimidades de la «*storgé*», no mienta, sin embargo, este vocablo. Por este motivo, nuestro estudio desde el punto de vista de la mera filología casi no tendría consistencia.

Sin embargo, utiliza el verbo *στέργειν* con la significación estricta que señala Stephanus en la traducción que hace del mismo: «*Naturali quadam caritate complector, ut parentes suos liberos, liberi vicissim suos parentes et consanguineos*». Recojemos algunos pasajes.

Cuando el mensajero notifica a Edipo que no es hijo del Rey de Corinto, como él creía, y de cuyo lado huyó para no mancharse con el futuro crimen que se le había anunciado, exclama Edipo:

Κᾶθ' ὠδ' ἀπ' ἄλλης χειρὸς ἔστειρξεν μέγα<sup>11</sup>.

Un desgarrador contraste nos hace sentir este verso. A la inefable ternura que rezuma el verbo *ἔστειρξεν*, agrandada por el adverbio «*μέγα*», se contraponen la frigididad de unas manos extrañas. ¿Cómo es posible, comentamos con Edipo, que habiendo yo sido recibido de manos extrañas por el Rey de Corinto, éste me haya prodigado todo el cariño «*entrañable*» del mejor de los padres?

Otro pasaje hallamos en *Edipo en Colono*. Edipo se despide del rey de Atenas y amigo suyo, Teseo. Le revela el más definitivo de sus secretos. El referente a su sepulcro. De él va a depender el porvenir de la amada ciudad de Atenas. A ningún ciudadano se lo revelará. Tampoco a sus hijas, a pesar de todo su cariño.

8. STEPHANUS, *Thesaurus graecae linguae*, VIII, p. 822.

9. *A greek english lexicon*, Oxford, 1953, por Liddell-Scott.

10. *Eth. Nic.*, IX, 7, 1168 a 2.

11. *ER.*, 1023.

Analicemos este último verso que en griego dice así:

Οὐτ' ἄν τέκνοιαι τοῖς ἐμοῖς, στέργων ὅμως <sup>12</sup>.

A primera vista pudiera parecer ilógico que al final de esta tragedia, toda ella un canto a la dulce intimidad de Edipo y de sus hijas, Antígona e Ismene, se niegue éste a revelarlas el último y definitivo secreto de su existencia. Sin embargo, desde la fenomenología del amor, esta ilogicidad desaparece. Las relaciones de Edipo y Teseo se refieren a la alta política, al gran gobierno. Es una «*amistad*» de reyes. Del sepulcro de Edipo va a depender el futuro de Atenas. Las niñas, hijas queridísimas de Edipo, están en un plano muy distante del político. Por ello, aunque las ama tan entrañablemente στέργων, Edipo no juzga deba revelarles el gran secreto. La partícula ὅμως, manifiestamente adversativa en este caso, señala el contraste entre los dos planos en que se mueve la escena y, mejor diríamos, toda la tragedia: el plano político y el plano de la dulce intimidad, expresada aquí por el participio activo στέργων <sup>13</sup>.

Para expresar los recónditos afectos de la vinculación familiar, Sófocles usa también el verbo φιλέω. Y más aún, el superlativo φίλτατος, derivado del adjetivo φίλος. El verbo tiene una significación muy amplia. Como nuestro «*amar*», de tan frecuente y de tan variado sentido. En superlativo φίλτατος es elegido preferentemente por Sófocles para momentos de máxima ternura. Recordamos a continuación tres de ellos.

Al final del *Edipo Rey*, cuando ya todo está claro y el conocimiento del crimen nefando de Edipo motiva el desplome de la tragedia con el suicidio de Yocasta, madre y, al mismo tiempo, esposa de Edipo, y con la voluntaria ceguera de éste, tiene lugar una escena de suprema ternura. Edipo quiere despedirse de sus hijas, de «mis dos pobres y desgraciadas niñas, dice él mismo, las que jamás se llevaron el pan a la boca sin tener a su padre a su lado y que participaban de cuantos bocados gustaba su padre». En este momento, al sentirlas llorar —ya no las puede ver— Edipo pregunta complacido: «¿No se ha comprometido de mi Creonte y me ha traído *los más queridos* de hijos?» <sup>14</sup>. El superlativo «*tà philtata*» es en este pasaje de un vigor y de un cariño extremado.

12. *EC.*, 1529.

13. Sófocles amplía en otras ocasiones el uso de este verbo, ya para indicar una simple petición o ruego, ya para significar cierto contento y satisfacción íntima, ya, finalmente, para subrayar el amor meramente sexual. Cf. F. ELLENDT, *Lexikon sophocleum*, edit. altera, Hildesheim, 1958,

14. *ER.*, 1474.

En los otros dos pasajes son Antígona y Electra quienes, al referirse a sus dos respectivos hermanos, Polinices y Orestes, no encuentran más entrañable calificativo que el de φίλατος. En los dos casos, I. Errandonea traduce el superlativo griego por la paráfrasis española: «*hermano de mi alma*». Ciertamente que esta versión es más expresiva y más en conformidad con los sentimientos de las dos hermanas que el superlativo «*queridísimo*», tan gastado por el uso manual.

Antígona lo pronuncia en el momento más decisivo de su tragedia. Cuando frente al tirano decide dar sepultura al «*hermano de su alma*»<sup>15</sup>. Electra, que tantas veces había soñado vendría Orestes a vengar la sangre del padre asesinado y que ahora, debido a una falsa noticia, lo cree muerto, exclama: «¡Oh triste de mí! ¡Orestes de *mi alma*! ¡Cómo me has arruinado con tu muerte!»<sup>16</sup>. Es este un momento de intensa ternura para el que Sófocles no halló mejor vocablo que superlativo que analizamos.

Otra tercer forma expresiva utiliza Sófocles para significar el amor familiar, cuando el objeto se halla ausente: el vocablo πόθος. Los diccionarios suelen traducir este vocablo por «*deseo de algo alejado y ausente*», en latín «*desiderium*». Quizá pudiera y debiera verterse mejor por «*añoranza*» o «*nostalgia*». Dos pasajes de *Edipo en Colono* queremos examinar en el sentido de nuestra explicación.

El primero nos pone delante el inesperado encuentro de Edipo con una de sus queridísimas hijas, Ismene, en un diálogo sencillo, uno de esos de la cotidiana vida familiar, revelador de secretas intimidades. Recogemos el momento central del mismo en orden a nuestro propósito actual de análisis.

EDIPO.—¡Hija! ¿Por qué has venido?

ISMENE.—Desvelada por ti, padre.

EDIPO.—¿Sentías mi ausencia?

ISMENE.—Sí; y, además, quería traerte yo misma una noticia con el único criado que me permanece fiel<sup>17</sup>.

I. Errandonea traduce la expresión griega: πότερα πόθοισι con la pregunta que hemos subrayado: ¿Sentías mi ausencia? Indudablemente, la

15. *Ant.*, 81.

16. *Elect.*, 808.

17. *EC.*, 332-334.

expresión de Edipo pone en relieve la añoranza que la hija ha sentido por él y que Sófocles expresó a través del vocablo que analizamos <sup>18</sup>.

El otro pasaje es de signo contrario. La añoranza, debida y no sentida, motiva la queja de Edipo. Sus hijos le tienen abandonado. No sienten la ausencia de su padre. No sienten «añoranza». Por ello Edipo se pregunta ante la ingratitud de los mismos: «¿Han tenido los muy malvados en más la dominación que mi amor?» <sup>19</sup>. Para expresar este amor a que alude Edipo el texto griego utiliza palabra «*póthos*». Errandonea la traduce por «*amor*». Pero creemos que hubiera sido más expresivo y más fiel haberla traducido por «añoranza». No habla Edipo de un amor general, sino de ese amor que todo hijo bueno debe sentir ante la ausencia del padre, máxime cuando éste se halla en necesidad, cargado de años y sin amparo. Por ello sus hijos son tan culpables al no sentir dicho amor.

En *Electra* hallamos también este vocablo. Ello no es de admirar, si se tiene en cuenta que en esta tragedia su protagonista, Electra, sufre por no poder vengar la muerte de su padre. Se halla sola y sin auxilio. El único que puede satisfacer su anhelo de venganza es su hermano Orestes. Pero éste se halla ausente. El Coro la asegura que Orestes será traído por la benévola mano de Zeus y que será acogido con regocijo patriótico por la ilustre casa de Micenas. Pero ella replica al Coro: «¿Qué noticias no me han dado ya de mi hermano, siempre mentirosas? El siempre lo está deseando, pero con tanto desearlo, nunca se digna presentarse».

El texto griego de la última frase, que corresponde a dos versos de la tragedia, es de una fuerza singular:

ἀεὶ γὰρ ποθεῖ,  
ποθῶν δ' οὐκ ἄξιτοι φανήναι <sup>20</sup>

La reiterada repetición del verbo ποθέω, en indicativo presente y en participio activo, da peculiar relieve a lo que cree Electra existe en el corazón de su hermano: el anhelo y añoranza por volver. Y ella no se explica cómo Orestes con este amor, tan desgarrado y exigente, no hace aparición para eliminar la ausencia que despedaza el alma de los dos.

Si reflexionamos ahora, a modo de resumen, sobre las palabras que usa Sófocles para significar ese estado afectivo, tan íntimamente ligado

18. La traducción francesa de *Les belles Lettres* ha expresado lo mismo con esta traducción: *Désir de me revoir?*

19. *EC.*, 419.

20. *Elect.*, 171-172.



a la vida familiar, tenemos que reconocer que ellas nos introducen en el tema y hasta llegan a ponernos en contacto vivo con el mismo. Al mismo tiempo tenemos que advertir que todavía nuestra cosecha no ha sido extraordinariamente fructífera. Esta cosecha inicial deberá ser enriquecida por el análisis fenomenológico de los estados de conciencia que los textos de Sófocles describen en sus distintos matices. Son estos estados de conciencia los que, ante todo, nos interesa analizar. En este estudio nos limitaremos a exponer esa llamada honda a la existencia que se ha llamado «voz de la sangre», y que nosotros titulamos: *vinculación en la sangre*.

2. *Nota primaria de la «storgé» o del «amor-cariño»: vinculación en la sangre.*

Dentro de esta forma fundamental del amor advertimos tres direcciones diversas: el *amor paternal y maternal*, el *amor filial* y el *amor fraterno*. Es decir: amor de padres, de hijos, de hermanos. Todos estos amores poseen, sin embargo, una nota común que queremos ahora detenidamente analizar, comentando al trágico griego.

Esta nota común, la primaria y fundamental de este amor, es la *vinculación en la sangre*. La sangre heredada es nudo inescindible. Por ello, el rompimiento, y aún el simple desgarró, de este nudo, es siempre una tragedia. La biología, diríamos en lenguaje moderno, tiene gran parte en este amor. Es su base irremplazable.

*Edipo Rey*, al evocar al final de la tragedia su parricidio inconsciente, exclama: «¡Oh tres caminos y escondido valle y encinar aquel y desfilaro junto a la triple encrucijada, que *de mis manos bebisteis la sangre de mi padre*»<sup>21</sup>. Al leer estas palabras nos parece sentir que la sangre de Edipo se altera para reconvenirle por haberla derramado en su padre, siendo la misma en los dos.

En *Edipo en Colono* esta terrible vinculación impide que Edipo pueda regresar a Tebas para morir en ella. Ahora verse sepultado en su amada tierra. Pero la querida hija, Ismene, tiene que decirle una frase terriblemente amarga: «*No te permite el regreso la sangre derramada de tu padre*»<sup>22</sup>. De nuevo es la sangre quien crea la misteriosa vinculación entre el padre y el hijo, que imposibilita el que éste pueda descansar en la tierra en que pecó contra la sangre de su padre.

21. *ED.*, 1398-1401.

22. *EC.*, 407.

En la misma tragedia, al verse Antígona sin su querido padre y frente a una vida «de lamento sostenido y sin respiro», evoca la trágica de su linaje y llama a su padre: «ἄλαστον αἶμα»<sup>23</sup>, es decir, «*sangre infamante*». «*Infandum*», dirían los latinos. En este tercer texto la sangre manchada del padre parece quemar la vida íntima de la hija. Tan fuerte y primaria es esta vinculación.

En un pasaje muy distinto a los anteriores, Antígona, con lirismo emocionante, intercede por su padre, quien, pobre y desterrado, busca un escondido cobijo en la pequeña aldea de Colono. Pide y suplica a aquellos sencillos habitantes que lo reciban. Dirigiéndose a ellos, les dice: «*Os lo ruego como una hija de vuestra sangre*»<sup>24</sup>. Con esta breve frase Sófocles nos hace sentir aquí que la sangre es la vinculación primera y el supremo motivo que se puede alegar para que una súplica sea acogida.

El tema de la sangre tiene un tono menos patético entre hermanos que entre padres e hijos. Pero es la nota más saliente cuando la acción trágica se funda en la común vinculación fraterna, en esa dulce igualdad que lo mismo entrelaza las vidas semejantes de Antígona e Ismene que anuda las existencias separadas y desgarradas de Orestes y Electra.

Electra llora e impreca en la triste casa en que fue asesinado su padre, Agamenón. «¡Maldito, exclama, quien echa en olvido a su padre, tan criminalmente asesinado! Interviene el Coro para decirla: «No eres tú sola entre los mortales, hija, a quien visitó este dolor, dolor que te exacerba más que a los demás de tu casa, siendo ellos de tu *misma familia* y de tu *misma sangre*»<sup>25</sup>. El Coro intenta con estas palabras llevar algo de consuelo a Electra. Nosotros, más que en los motivos del consuelo, queremos reflexionar sobre las palabras que profiere el Coro para significar lo que el traductor español, I. Errandonea, ha vertido en estas expresiones: «*de tu misma familia*», «*de tu misma sangre*».

La primera de las dos expresiones tiene en griego un sentido muy general: ὁμόθεν. Alude este término al *mismo origen*, al *mismo sitio*, a la *misma ascendencia*. Es un término, por tanto, muy vago. Pero queda determinado, hasta poder ser traducido como lo hace I. Errandonea, por la expresión que le sigue, fuertemente significativa y que dice así: γονῆ ξόναιμος. Hallamos en ella tres elementos de intensidad vinculadora creciente. La generación, vínculo biológico, expresado por la palabra γονῆ.

23. EC., 1671.

24. EC., 245.

25. Elect., 156.

La intercomunicación personal humana, a la que apunta la partícula ξόν. Y detrás de estas dos vinculaciones, como lazo más inescindible, la «sangre», claramente señalada por el segundo elemento del adjetivo ξύγ-αιμος.

En uno de los momentos más emotivos de la tragedia *Edipo en Colono*, uno de los hijos de Edipo, Polinices, pide audiencia a su padre. El padre, irritado por su pésima conducta, no le quiere recibir. Polinices acude entonces a la intercesión de las queridísimas hijas de Edipo, sus hermanas, Antígona e Ismene, para que interpongan sus ruegos. Les habla así: «Hijas de este hombre y *hermanas mías*, vosotras, al menos, tentad de mover los labios del padre que tan inabordable y tan cerrado en no hablarme se muestra, para que no me eche abochornado, sin decirme siquiera una palabra, habiendo yo venido como suplicante de los dioses» <sup>26</sup>.

Este cuadro trágico, por el que pasa la sombra maléfica del odio de Edipo a sus hijos junto a la confianza que inspiran a Polinices sus hermanas con su mirada serena y quietadora, se completa con otro pasaje ulterior en el que Polinices, maldecido por su padre, se vuelve de nuevo a sus buenas hermanas para hacerlas un ruego ante la previsión de su pronto y fatal desenlace: «¡Ay niñas, *hermanas mías*! Siquiera vosotras, que habéis oído las crueles imprecaciones del padre, por los dioses os lo suplico, si llegan a cumplirse y volvéis alguna vez a casa, al menos vosotras no me dejéis ultrajado, sino alcanzadme sepultura y fúnebres exequias. Y a la gloria que ahora os acompaña por los cuidados que prodigáis a este hombre, añadiréis otra, no menos envidiable, por los servicios que me prestéis a mí» <sup>27</sup>.

Por dos veces hallamos en estas citas la expresión: «*hermanas mías*». Es la traducción de las locuciones griegas que usa Polinices: La primera vez llama a sus hermanas: ἐραὶ δ' ὁμαίμονες. En la segunda: ὄμαιοι παῖδες. En ambos momentos se hace alusión «a la misma sangre». Polinices siente que la sangre que corre por sus venas es la misma sangre de sus hermanas. Por ello, se cree acreedor a su amor. Y las ruega que no le abandonen, ni aún después de muerto.

Cómo Antígona supo cumplir el encargo de su hermano es toda la tragedia de esta alma nobilísima que halló en la voz de la sangre la respuesta al inicuo precepto del tirano, que mandó dejar insepulto el cadáver de su querido Polinices. La *sangre fraterna* fue nudo inescindible en vida y en muerte entre Antígona y su hermano.

26. EC., 1275-1279.

27. EC., 1405-1413.

La autorizada versión francesa de *Les belles Lettres* abre la tragedia de *Antígona*, que comentamos, con estas palabras que dirige la protagonista a su hermana Ismene: «*Tu es mon sang, ma soeur, Ismène, ma cheri*». La traducción no es ciertamente literal. En el primer verso de la tragedia para nada se alude a la sangre. Pero sí creemos vierte el sentido hondo y profundo que encierra la expresión griega Κοινόν αὐτάδελεφον, que va a ser el tema en torno al cual van a girar los momentos más sublimes de dicha tragedia.

En este mismo ciclo de tragedias volvemos a encontrar en *Edipo en Colono* otro pasaje en el que se siente en toda su intensidad la pavorosa contradicción entre la *sangre* y el *anatema*. Polinices se halla a los pies de Edipo. Al fin este se decide a hablarle en atención a sus hijas queridas y a su amigo, el rey Teseo. Pero abre sus labios para maldecir a sus hijos: al presente y al ausente. «Infame. Cuando poseías el cetro y el trono de Tebas, que ahora que te ha quitado tu *hermano*, tú me desterraste a mí, a tu padre, y me dejaste sin patria; tú me hiciste llevar estos vestidos que te arrancan hoy lágrimas con sólo verlos»<sup>28</sup>. La traducción de «*hermano*» es demasiado deficiente en esta ocasión. El griego pone en labios de Edipo estas palabras: ὁ σὸς ξύναιμος. Es decir: «*el que lleva tu misma sangre*». Y lo vuelve a repetir en este mismo pasaje unos versos después: «No; jamás rendirás tú aquella ciudad (Tebas), antes caerás bañado en sangre, y tu hermano, es decir, «*tu misma sangre*» — σόναιμος — como tú»<sup>29</sup>.

Qué trágico es que un padre predizca a sus hijos que caerán mutuamente acuchillados, llevando la misma sangre, que es la que él mismo les ha dado. Para nuestro propósito esta desgarrada tragedia deja bien patente la importancia primordial de la *sangre* en un análisis fenomenológico del «*amor-storgé*».

Esta *vinculación de la sangre* Sófocles la conexiona a veces con las vísceras. El trágico griego utiliza entonces el vocablo σπλάγγνον y sus adjetivos derivados ὀμόσπλαγγνος en sentido ponderativo y ἄσπλαγγνος con signifiación negativa. Al establecer esta conexión entre este amor y los humildes estratos viscerales de nuestro ser, Sófocles se anticipa a una larga tradición, uno de cuyos anillos lo podemos ver en ciertos pasajes apasionados de las cartas de San Pablo quien se siente con «*entrañas*» de padre, y hasta de madre tierna en el supremo lance de un

28. EC., 1354-1359.

29. EC., 1372-1374.

alumbramiento espiritual <sup>30</sup>. Los anillos de esta delicada cadena llegan hasta nuestro lenguaje diario que tan frecuentemente alude a amores «*entrañables*», es decir, a amores ligados a la entraña y que, sin embargo, calan hondo en la vida del espíritu. Gabriel Marcel dirá que son «*amores encarnados*», amores en los que las sacras nupcias entre el espíritu y la carne no se han escindido, ni han sido tampoco falsificadas por un tosco idealismo —frase de G. Papini— ni por un repugnante materialismo.

Sófocles mantiene esta sacra y humilde vinculación del espíritu y la materia. Cuando Ayante, en el momento de su máximo furor, decide poner fin a su vida por serle intolerable la afrenta de su suerte, evoca el recuerdo de su valeroso padre Telamón. «¿Cómo va él a sufrir, dice, verme llevar las manos vacías y sin aquellos trofeos con cuya excelsa corona estuvo él siempre coronado?». Medita entonces Ayante algo que sea digno de tal padre. Rechaza un primer pensamiento. Después sigue hablando para sí: «Voy a echar mano de otro arbitrio y tal que él mostrará a mi padre anciano que no ha degenerado mi sangre de la suya» <sup>31</sup>. El texto griego usa el adjetivo negativo ἄσπλαγγος. Pudiera bien traducirse por «*falto de valor, sin corazón*». Así lo hace la edición de *Les Belles Lettres*. Pero I. Errandonea ha penetrado más hondamente en las intenciones de Ayante quien en este momento se siente más que nunca vinculado a su padre. De modo expreso lo dice: «ἐκ κείνου γεγώς», es decir, «*de él nacido*». Por lo mismo, si ha nacido de él, ante la hipótesis de que llegara a faltarle el valor, habría degenerado de su padre. Todo esto envuelve en el caso el adjetivo: ἄσπλαγγος. La vinculación «*entrañable*» entre su padre y él desaparecería en tal hipótesis. Y esto desconsuela, mejor diríamos, enfurece a Ayante, que en ningún caso quiere hacerse indigno del mensaje de valor que le viene de las entrañas de su padre.

En otro pasaje de la tragedia *Antígona* aparece aún más clara esta vinculación que analizamos. Frente a frente se hallan Creonte y el adivino Tiresias. Poca gracia y ninguna satisfacción dan a Creonte las predicciones de éste. Las toma por insensatas charlatanerías. Pero Tiresias toma una actitud muy seria y con gesto de profeta bíblico conmina a Creonte en estos términos: «Ten por muy cierto que no han de cumplirse ya muchas vueltas del sol en su veloz carrera sin que tú mismo veas entregado, muerto por muerto, a un *hijo de tu propia sangre*» <sup>32</sup>. El texto griego es más severo y más expresivo: τῶν σῶν αὐτός ἐκ σπλάγγων ἔνα, es decir, «*tú mismo (verás entregado) a uno de tus propias entrañas*».

30. 2 Cor., 6, 12; 7, 15; Phil., 1, 8; 2, 1; Phm., 7, 12 y 20.

31. *Ajax*, 471-472.

32. *Ant.*, 1064-1066.

Muy luego la tragedia nos dirá que este *uno*, ligado a las entrañas de Creonte, es su propio hijo Hemón.

Este tema adquiere plena sublimación en otro pasaje de la misma tragedia. Es el momento cumbre de la misma. Dialogan la mártir del amor fraterno, Antígona, con el tirano Creonte. Acotemos el diálogo en su momento más expresivo:

CREONTE.—¿Y no te da vergüenza de pensar distinto de los demás?

ANTIGONA.—No es para dar vergüenza el honrar a hermanos de mi propia sangre.

CREONTE.—¿Y no era hermano tuyo también el que murió del bando contrario?

ANTIGONA.—Hermano de un mismo padre y de una misma madre.

CREONTE.—Pues ¿cómo haces obsequios que para el otro son injurias?

ANTIGONA.—No lo diría que lo son el cadáver del difunto.

CREONTE.—¿Cómo no, si en tus obsequios le iguales en un todo con el traidor?

ANTIGONA.—Es que no es ningún siervo; es su hermano el que ha muerto <sup>33</sup>.

En este diálogo, feroz por parte de Creonte, tierno y delicado del lado de Antígona, Sófocles utiliza tres partículas para significar al *hermano*. La primera ya la conocemos: *δμαιοσ*. La usa primeramente Creonte al increpar a Antígona: «¿No era *hermano* tuyo el que murió del bando contrario?». La recoge Antígona y la repite en un tono intensivo y radicalizado: «*Hermano* de un mismo padre y de una misma madre». En su respuesta a Creonte que de nuevo la reprende por querer honrar del mismo modo al hermano fiel que al traidor —así los distinguía Creonte—, Antígona pronuncia otra partícula, el conocidísimo *ἀδελφός*, el nombre más común para significar «*hermano*», y dice: «No es ningún siervo; es su *hermano* el que ha muerto» <sup>34</sup>.

En juego con estas dos partículas Sófocles usa una tercera de extraordinario poder significativo. A la increpación de Creonte de si no le da vergüenza pensar de modo distinto a los demás, Antígona le replica, impulsada por su cariño fraterno: «No es para dar vergüenza el honrar a hermanos de mi propia sangre». En el texto griego se lee: τὸς ὀμοσπλά-

33. *Ant.*, 510-517.

34. *Ant.*, 517.

γγυοῦς σέβειν<sup>35</sup>. Es decir: «honrar a los que tienen las mismas entrañas que yo».

Creemos que este adjetivo compuesto ὁμόσπλαγγος encierra un mensaje eterno a favor de las «entrañas». Serán entrañas maternas, paternas, filiales, fraternas. Pero esta dulce o desgarrada conmoción entrañable acompañará siempre a la humanidad en su historia más íntima, en su «intra-historia». Y será una de las fuentes perennes del humanismo más acendrado y generoso.

La vinculación en la sangre, primera raíz del «amor-storgé», y, por consiguiente, su primera nota peculiar, adquiere una motivación última y muy precisa en el hecho humano de la generación. La voz de la sangre, tan frecuente y tan sentida en todo el teatro de Sófocles, hace sentir una peculiar tonalidad en el hecho de la transmisión de la vida. Sófocles utiliza diversas voces y expresiones para declarar este hecho. Nos referimos tan sólo a algunas por creerlas las más significativas.

En primer lugar hace uso del verbo φύω y de su derivado ἐκφύω. Ambos verbos son pieza clave en la tragedia de Edipo. Cuando el adivino Tiresias lanza sobre éste la acusación de ser él mismo el malvado que anda buscando, Edipo se enfurece. Imagina que se halla ante una vil traición, tramada por su cuñado Creonte y el que supone «necio adivino». Este repele la acusación de necedad con un nuevo reproche en el que mienta a los padres de Edipo. Dice así: «Sí, necio soy yo, por lo visto, a tu parecer; muy otro soy en el concepto de tus padres, de los que te engendraron»<sup>36</sup>.

En este pasaje Sófocles usa dos veces el verbo φύω. La primera, en aoristo segundo con su peculiar sentido intransitivo; la segunda, en aoristo primero con plena significación activa. Tiresias se aplica a sí mismo el aoristo segundo; el primero le sirve para acentuar la dependencia de Edipo respecto de sus padres. En versión literal dice así a Edipo: «Hemos nacido ἐφύμεν necios a tu parecer. Pero cuerdos para los padres que te engendraron, γονεῦσαι δ', οἳ σ' ἔφυσαν. Los dos aoristos ἔφουμεν y ἔφυσαν frente a frente, desvelan dos situaciones bien distintas: la ficción de Edipo que cree a Tiresias nacido necio, y la terrible realidad, impensada por Edipo, de su verdadera generación. Para defenderse Tiresias, le hubiera bastado arguir contra Edipo que para sus padres era cuerdo. Pero añade con redoblada intención: «para los padres que te engendraron». Ya la palabra γονεῦσαι, que Sófocles utiliza siempre en plural, bastara para indicar la vinculación genética de Edipo. Pero el

35. *Ant.*, 511.

36. *ER.*, 435-436.

tema trágico adquiere mucho más relieve al añadir de modo expreso que se trata de los «padres que le engendraron».

El pasaje sube aún más de tono si se advierte que en este momento por primera vez cruza por la mente de Edipo la posibilidad de su crimen abominable: el haber matado a su padre. Es lo que trasluce su respuesta al adivino: «¿Qué padres? Espera: ¿quién es el que me dio el ser?». En esta pregunta Sófocles se vale del verbo derivado ἔκφύω. La expresión en griego es toda concisión y hondura: τίς δέ μ' ἐκφύει βροτῶν; <sup>37</sup>. Su versión directa sería: «¿Quién, pues, de los mortales me ha engendrado?». La respuesta a esta pregunta será la gran calamidad que sobre Edipo se avecina. Tiresias, que se siente victorioso en la pelea, le dice sin compasión: «Este día te va a dar tu verdadero ser y a quitártelo» <sup>38</sup>. El verdadero ser de Edipo es *ser hijo* de Layo, a quien mató. Y hoy lo va a saber. Con ello Edipo lo va a perder todo.

Si de la infausta Tebas nos trasladamos ahora a la plácida aldea de Colono y nos acercamos al pobre y desterrado Edipo, querido y consolado por sus inocentes hijas, podremos oír la delicada reconvencción que Antígona dirige a su padre, porfiándole para que admita a su presencia a Polinices, pese a su mala conducta. «Tú lo engendraste, padre», le dice. «Ni aún cuando te hubiera hecho las injurias más abominables, fuera razón que tú lo maltrataras en pago. Déjalo, pues, que venga; también otros han tenido hijos malos y vivos resentimientos, y con todo se han dejado amansar...» <sup>39</sup>. En este momento de alta tensión entre el odio paterno de Edipo y el cariño fraterno de Antígona que intercede, ésta no tiene mejor motivo que alegar ante su iracundo padre que estas dos palabras ἐφύσας αὐτόν, es decir: «lo engendraste». De nuevo el verbo φύω apunta aquí a la más íntima y radical de las vinculaciones humanas.

En otro pasaje de la misma tragedia y complemento de la escena anterior, Edipo habla al hijo malo que, al fin, ha admitido a su presencia, accediendo a los ruegos de Antígona. Le increpa por haberle abandonado a él, viejo, ciego y pobre. Y como supremo reproche le arguye con la conducta tan distinta de sus hermanas: «Por gracia y merced tuya, le dice, ando yo mendigando por el mundo el pan de cada día, y si no hubiese engendrado, para apoyo de mi vejez, a estas hijas, ya hubiera fenecido cuando de tu parte estaba. Estas me dan la vida; éstas son mi sustento» <sup>40</sup>. De nuevo es aquí el verbo derivado ἐκφύω el que utiliza

37. *ER.*, 436.

38. *ER.*, 438.

39. *EC.*, 1189.

40. *EC.*, 1363-1366.



Sófocles para significar el *hecho de la generación*, de donde mana toda la hondura del cariño que le tienen a Edipo sus queridas hijas.

Complemento de este análisis es el pasaje de *Electra*, en el que se contraponen el verbo φύω a τίκτω. Por el primero se significa la actuación propia del padre. Mientras que τίκτω señala la obra de la madre, que da a luz la simiente paterna recibida y desarrollada en sus entrañas.

Estos dos verbos dan la trama de la desgarrada tragedia de *Electra*. Según las antiguas concepciones, el agente trasmisor de la vida es el germen paterno al que colabora la madre, desarrollándolo y dándolo a luz al tiempo de la madurez. De aquí la primordial valía del padre frente a la madre.

Desde esta situación ideológica se nos hace claro el reproche de Electra a su hermana Crisótemis, despreocupada de vengar la muerte de **su padre** y viviendo tranquila con su madre, asesina de él, juntamente con su amante Egisto. He aquí las palabras de la reconvención de Electra a su hermana: «Cosa fuerte, por cierto, que, siendo hija del padre que te engendró, te olvides de él y, en cambio, te cuides de la que te dio a luz» <sup>41</sup>.

La fuerza del original griego es extraordinaria en esta ocasión. Contraponen la expresión: οὐδὲ σὺ πατρὸς ἔφους, es decir, «*del que naciste hija*», a esta otra: τῆς δὲ τικτοῦσῃς, es decir, «*de la que te parió*». Esto segundo, el parto, parece carecer de importancia ante el hecho primario y gradioso de la transmisión de la antorcha de la vida, vinculada al germen paterno.

Los verbos φύω y τίκτω contrapuestos aquí, nos introducen en las más hondas vinculaciones humanas: la paterna y la materna. Pero tiene la primacía la función paterna de φύω sobre la materna de τίκτω.

La función generativa del hombre hunde sus raíces en el reino puramente vegetal. Tan primaria y básica es la transmisión de la vida. Sófocles connota esta raigambre vegetal de la génesis humana por medio del verbo φυτεύω, cuyo sustantivo derivado φυτόν —planta— se ha incorporado a nuestra lengua, dando origen a diversas palabras del lenguaje culto <sup>42</sup>.

En la tragedia *Filoctetes*, éste, abandonado en una isla, habla con el

41. *Elect.*, 341-342.

42. Entre otras recordamos a *neófito* de tanto uso en todas las religiones; y entre las científicas: *fitología*, *fitografía*, *fitopatología*, *fitomorfismo*, *fitoterapia*, *fitotecnia*, *fitozoarios*, *briofito*, *talofitas*, etc.

hijo de Aquiles, Neptólemo, a quien pide amparo y protección. «En socorrer a un hombre honrado, así le habla, ¿qué haces tú o qué dices tú que no sea digno de tu padre?»<sup>43</sup>. Filoctetes, compañero y amigo del gran Aquiles, ve en Neptólemo un retoño de aquél. Es esto lo que significa el participio activo *φυτεύσαντος*, aplicado a Aquiles.

Al final de *Las Traquinias*, Hércules declara a su hijo Hilo su última y postrera voluntad. Ante el temor de que no le obedezca, le dirige este reproche: «Es que no te dignas escuchar a tu padre»<sup>44</sup>. También en esta ocasión pone Sófocles en boca de Hércules el participio activo *φυτεύσαντος*. Con este participio subraya Hércules a su hijo que tiene en él la raíz de su ser.

Pero es otra vez la tragedia de Edipo quien nos hace penetrar mejor en el hondo misterio de la trasmisión de la vida. Edipo habla con su esposa Yocasta de sus temores por los oráculos de Febo. Según estos oráculos, dice Edipo, «yo había de contraer nupcias con mi madre y mostrar una descendencia insoportable a la vista de todo mortal, y que había de ser el asesino del padre que me engendró»<sup>45</sup>. Bastara que en esta ocasión Sófocles hubiera puesto en labios de Edipo la palabra «padre». Pero añade el participio *φυτεύσαντος* para señalar la vinculación vegetal y primaria de Edipo para con él.

Cuando al final de la tragedia Edipo se castiga a sí mismo a quedar para siempre ciego, se dirige a su cuñado Creonte para pedirle que atienda a los que más quiere y deja desamparado: a sus hijas. «Tú, Creonte, le dice, que eres el único padre que les queda —pues, nosotros, ella y yo, estamos ya sin vida— no permitas que tus sobrinas vaguen mendigas... Compadécete de ellas al verlas así tan abandonadas y sin más apoyo que el tuyo»<sup>46</sup>. El texto griego es aquí de un valor extraordinario. En traducción literal debería verse así: «nosotros dos, los que engendramos, hemos perecido». Y para indicar en este momento el hecho de la generación — *ὡ γάρ, ὃ 'φυτεύσαμεν* — vuelve Sófocles a utilizar el verbo que hace ver la vida humana como una planta que brota de su raíz.

De nuevo y en el mismo pasaje —ahora se dirige Edipo hacia sus hijas— vuelve a utilizar este mismo verbo al decirlas: «Que el cielo os conceda vivir en la moderación y gozar de suerte más feliz que la del padre que os engendró»<sup>47</sup>. Repite Sófocles una vez más el pleonasma

43. *Phil.*, 904-905.

44. *Traq.*, 1244.

45. *ER.*, 790-793.

46. *ER.*, 1504-1505.

47. *ER.*, 1514.

expresivo. No se contenta con evocar la realidad genética a través del nombre de padre. Añade el participio activo  $\varphi\upsilon\tau\epsilon\acute{\upsilon}\sigma\alpha\nu\tau\omicron\varsigma$  para subrayar que la savia vital asciende del tronco paterno.

Encontramos, igualmente, este mismo verbo en la parte final de la terrible imprecación de Edipo sobre su mal hijo, Polinices. «Estas son, le dice, las imprecaciones que contra los dos lancé en otro tiempo, y ahora las conjuro a que vengan como aliadas mías y se cumplan, para que os dignéis respetar a vuetros padres, y para que no os burléis, por verle ciego, de quien os engendró tales»<sup>48</sup>. Por dos veces hallamos el verbo analizado en este pasaje. En su forma ya estudiada de participio activo al exigir Edipo de sus hijos el respeto debido a quienes los engendraron:  $\varphi\upsilon\tau\epsilon\acute{\upsilon}\sigma\alpha\nu\tau\omicron\varsigma$   $\sigma\acute{\epsilon}\beta\epsilon\iota\nu$ . En aoristo, para lamentar que él mismo los engendró —  $\tau\omicron\iota\omega\delta'$   $\acute{\epsilon}\varphi\upsilon\tau\omicron\nu$  — tales como han sido.

Tal vez la elección de este verbo, que envuelve implícitamente una dura imprecación contra el mismo Edipo por haber engendrado hijos tan desnaturalizados, responda al complejo de culpabilidad que acibara el alma desgarrada de éste desde el momento que llegó a saber sus crímenes horrendos, aunque involuntarios.

Una nueva *vinculación vegetal* entre padres e hijos establece Sófocles a través del verbo  $\sigma\pi\acute{\epsilon}\rho\omega$  y de los nombres derivados de él,  $\sigma\pi\acute{\epsilon}\rho\mu\alpha$  y  $\sigma\pi\omicron\rho\acute{\alpha}$ .

En *Las Traquinias*, Deyanira lamenta, hablando con su nodriza, el que su vida vaya de susto en susto, en perpetua zozobra a causa de los incontables trabajos de Heracles. Este, como labrador que toma en arriendo una hacienda lejana, sólo la visita para la siembra y la cosecha<sup>49</sup>. La comparación, intencionadamente irritante, linda casi en lo grosero. Pero es sobrado expresiva. Deyanira, semiabandonada, se siente campo lejano, conocida sólo en visita de siembra y de cosecha. Sólo para engendrar hijos y para verlos a la luz del día se acuerda Heracles de su casa. Sófocles ha hallado en el verbo  $\sigma\pi\acute{\epsilon}\rho\omega$  — «sembrar» — la feliz expresión para significar la actuación de Heracles.

Al final de la tragedia *Ayante*, riñen tercamente Teucro y Agamenón. Aquél, para subrayar la mala raigambre de éste, le echa en cara que su padre Atreo brindó a su hermano, en el más impío de los banquetes, la carne de sus propios hijos. El texto griego no mienta el nombre de *padre* en esta ocasión. Se sirve de la perífrasis:  $\acute{\omicron}$   $\alpha\acute{\upsilon}$   $\sigma'$   $\acute{\epsilon}\sigma\pi\epsilon\iota\rho\epsilon$ <sup>50</sup>. Con ella da

48. *EC.*, 1375-1379.

49. *Traq.* 733 y ss.

50. *Ayax*, 1293.

a entender Teucro a Agamenón que es una mala semilla de un pésimo sembrador.

Estos matices de vinculación entre padres e hijos, tomados del reino vegetal, son repetidamente expresados en las tragedias de Sófocles por palabras derivadas del verbo *σπείρω*. Especialmente por los sustantivos *σπέρμα* y *σπορά* según ya dijimos. Sin embargo, un análisis ulterior de estos dos nombres no nos llevaría a nuevos descubrimientos en esta vertiente vegetativa de la generación humana, que venimos señalando.

Tan sólo queremos hacer constatar el uso raro, pero incisivo, del vocablo *φυτοτρόπος*. Se halla en *Las Traquinias*. Habla un mensajero con Deyanira, la esposa de Heracles, y le dice que éste no lograba persuadir a Eurito, padre de Yola, para que le entregara a ésta. Sófocles, para indicar la paternidad de Eurito sobre Yola, usa la palabra griega que terminamos de mentar. El pasaje no es de altura, ciertamente. Pero la palabra hace ver lo hondo que ha calado en la mente de Sófocles la vinculación de la paternidad a los estratos en que ésta se confunde con la siembra vegetativa <sup>51</sup>.

Concluimos este análisis, contraponiendo a *σπείρω* y *τίκτω*, como ya lo hicimos respecto de *φύω* y *τίκτω*. Es en la tragedia *Electra* donde hallamos este nuevo pasaje de contraposición.

Clitemnestra, para justificar su crimen contra el esposo, recuerda sus dolores maternos por Ifigenia, sacrificada en Aulis por su padre Agamenón. Encarándose con Electra, su hija, no repara en aludir a las fuentes de la vida con intencionado realismo. «Porque tu padre, le dice, ese, al que no cesas de llorar, fue el único entre los griegos que consintió en que tu hermana fuera inmolada a los dioses, como que no había sufrido al engendrarla los dolores que yo pasé al parirla» <sup>52</sup>.

También aquí los verbos *σπείρω* y *τίκτω*, nos introducen en el misterio de la generación humana, en cuanto participan en ella el padre y la madre. El mundo antiguo, carente de elementales nociones sobre genética, sobreestimó la acción del padre sobre la de la madre. Más importante y radical fue trasladar este esquema al orden moral. La moral era entonces inescindible de la antropología metafísica. Esta imponía su norma directriz a aquélla. Ello explica que la moral impusiera mayores deberes al hijo, respecto del padre, que de la madre. Por ello, es injustificable Clitemnestra, pese a sus dolores maternos por Ifigenia. Y Electra tiene razón contra su hermana Crisótemis que se desentiende de la terri-

51. *Traq.* 359 y ss.

52. *Elect.*, 530-533.

ble obligación de vengar la sangre paterna, criminalmente derramada por su propia madre.

Aunque este tema moral no cae dentro de nuestro estudio, hemos aludido a él en cuanto es una contraprueba más de la *vinculación en la sangre*, entre padres e hijos, que llega hasta las raíces vegetativas del ser humano.

♦♦

El estudio de la «*storgé*» o del «*amor-cariño*» en Sófocles tan sólo está iniciado con este trabajo. Pero estamos seguros que este breve esbozo habrá puesto ante el lector la delicada riqueza de matices que el gran trágico griego supo sentir y llevar a la escena. La obra purificadora que la tragedia debía actuar, la «*kátharsis*» trágica, tan ponderada por Aristóteles, nunca, creemos, estuvo a mayor altura que en los sublimes momentos en que Sófocles llevó ante los espectadores las realísimas escenas en las que este amor, tan hondo y tan emotivo, se ha manifestado en toda su ternura e intimidad, silencio y entrega.

ENRIQUE RIVERA DE VENTOSA